

J. DANIEL: *Turkey's position in the post-war World*, Londres, 1951.

Con palabras de Lord Palmerston, el autor de este breve estudio sobre la postura de Turquía durante la última conflagración mundial, comienza por destacar la importancia geográfica, histórica y política del antiguo Imperio turco, que, por haber sido comparado con un edificio, con un árbol o con un hombre..., todos los tres de naturaleza desmoronable, no por eso debe llevarnos a la equívoca interpretación de su decadencia, sino que nos muestra su vitalidad y su capacidad de recuperación.

J. Daniel presenta el cuadro completo de Turquía: su situación geográfica, a caballo de Europa y Asia; su complejo étnico, con indicación de sus problemas de minorías; sus creencias religiosas y su «occidentalización» creciente, singularmente por obra y decisión de Kemal Atatürk; sus problemas económicos, basados en la existencia de sus recursos naturales e industriales. Hace, también, la historia de sus vicisitudes sociales y políticas en las últimas décadas, deteniéndose, como es natural, por ser

el principal objetivo de sus observaciones, en los años de la pasada guerra y en sus relaciones con los países del Eje, con los Aliados y con los neutrales, cuyo igual *status* de no beligerancia tanto hizo por conservar y asegurar, sobre todo cuando los cañones sonaban bastante cerca de sus fronteras marítimas y terrestres, ante la peligrosa proximidad de las fuerzas contendientes.

Por último, en este breve, pero completo trabajo, su autor alude a la hábil política que Turquía mantiene con la U. R. S. S. y con los Estados Unidos, ambas potencias interesadas en dialogar en los más convenientes términos con la nación que posee los importantes estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, cuya Convención acaso debería ser objeto de una profunda revisión que, sin duda, desean los pueblos ribereños del Mar Negro..., pero que los demás temen por su posible repercusión ulterior en la política total del mundo.

J. L. DE A.

FRANKLIN D. SCOTT: *The United States and Scandinavia*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1950. 359 págs.

En el trágico mundo en que vivimos, y en el que los esfuerzos en busca de la paz parecen haber terminado, para la mayor parte del mundo, en la resignada aceptación de la inevitabilidad de una nueva conflagración; en este mundo, en el que las democracias occidentales miran al Pacto

Atlántico de Defensa más bien que a la Carta de las Naciones Unidas, como el símbolo de su propia seguridad, los cinco países escandinavos han adquirido una nueva y vital significación, no sólo para los Estados Unidos, sino para el mundo en general. Noruega, Dinamarca, Suecia e Islan-

dia son puntos claves para el control del Atlántico Norte que protegen la ruta europea a Groenlandia, dentro ya del hemisferio occidental. A menos que Groenlandia esté en manos amigas, la seguridad de los Estados Unidos correrá un serio peligro. Además de esto, los cinco países escandinavos constituyen el paso de la Europa occidental hacia el Polo Norte, que, en esta época de la homba atómica, puede muy bien ser el escenario de la lucha futura entre Oriente y Occidente. Al igual que Dinamarca, Noruega es miembro del Pacto Atlántico de Defensa, y al igual que Finlandia, tiene una frontera común con la Unión Soviética. Si ésta iniciase un ataque sobre Noruega a fin de posesionarse de los profundos fiords como base para su flota submarina, los Estados Unidos se verían forzados, en beneficio de su propia defensa, a acudir en ayuda de Noruega, aun cuando no existiera el Pacto de Defensa atlántica.

Por todas estas razones de tipo estratégico, todo lo que los pueblos escandinavos hacen o piensan ha adquirido una importancia que hubiera parecido inconcebible no hace aún muchos años. Aparte de estas consideraciones estratégicas, que reclaman la mayor urgencia, existen otros factores que abonan un mayor entendimiento y una mayor cooperación entre los americanos y los países escandinavos si la Humanidad ha de superar la amenaza que ahora se cierne sobre ella. No es solamente el hecho de que existan millones de americanos de origen escandinavo; de que los vínculos culturales hayan sido siempre íntimos y aumenten sin cesar, y de que los pueblos escandinavos cuenten entre los mejores miembros de la comunidad de naciones, siendo el verdadero exponente de lo que deben ser las relaciones internacionales. Es, además, que estos pueblos están sumamente avanzados en la ciencia de lo que pudiera llamarse el Gobierno democrático. En unos momentos en que, tanto en los Estados Unidos como en la Gran Bretaña y la mayoría de los países democráticos de Europa y de Hispanoamérica, sus estadistas comienzan a darse cuenta de que la democracia occidental, en su forma actual, no puede prosperar, ni siquiera sobrevivir, a menos que encuentre los medios de combinar la libertad individual con la seguridad económica, bajo el imperio del Derecho, el conoci-

miento y estudio de lo realizado por los pueblos escandinavos tiene una enorme trascendencia, no sólo para los americanos, sino para todos los pueblos amantes de la libertad. Las democracias escandinavas ofrecen el ejemplo más característico de cómo los hombres pueden gobernarse y vivir en paz, gozando de un sistema de Gobierno que pudiéramos llamar «el justo término medio», a igual distancia del capitalismo incontrolado y del comunismo de cuño soviético.

Las íntimas relaciones amistosas entre los Estados Unidos y los países escandinavos, reforzadas ahora por la grave amenaza que pesa sobre las democracias occidentales de una nueva guerra, sin duda alguna habrán de tener un amplio y beneficioso efecto sobre el pensamiento y la práctica políticos del pueblo americano. El autor nos proporciona en su libro una admirable oportunidad para conocer la vida y el pensamiento de estos pueblos escandinavos. Con sencilla autoridad y con la visión clara, derivada del íntimo conocimiento del tema que trata, Mr. Scott nos traza un magnífico cuadro de las fuerzas políticas, económicas, sociales y culturales que han forjado los destinos de estas naciones y constituye, por ello, una notable contribución al conocimiento de las mismas, en unos momentos en que el éxito o el fracaso de la política exterior norteamericana puede significar la libertad o la pérdida de la misma para el pueblo americano.

Los americanos han conseguido unos modos de vida que consideran superiores a cualesquiera otros y de los que se muestran justamente orgullosos porque, según ellos, no pueden ser superados por nación alguna. El estudio y análisis cuidadosos de la historia de los pueblos escandinavos y de sus instituciones demuestra, sin embargo, lo infundado de tal suposición. Contando con un país pobre, con una población escasa y a falta de medios materiales, los escandinavos han logrado un sistema de vida que no puede sino suscitar la admiración del mundo libre. La verdadera importancia de estos países para los Estados Unidos radica en el hecho de que han conseguido llevar a la práctica unos principios constantemente defendidos por los americanos; de que constituyen bastiones de la democracia en la lucha fría y de que sus habitantes están dispuestos a colaborar con el mundo libre

en la defensa de una Humanidad pacífica y a luchar por la conservación de unos ideales comunes.

En el control del atlántico Norte, en la contención del comunismo soviético y en la conservación y supervivencia de las formas democráticas de Gobierno, Noruega, Dinamarca, Suecia, Islandia y Finlandia juegan un papel decisivo. Sin contar con un Gobierno común a todos ellos, han establecido un sistema de seguridad social estrechamente unido y actúan en la esfera internacional de común acuerdo. El autor estudia a Escandinavia como una unidad, destacando su cultura e intereses comunes, su geografía humana, recursos naturales, su historia y sus relaciones culturales con los Estados Unidos. Un extenso capítulo de la obra está dedicado a tratar el tema de la socialdemocracia, estudiando en capítulos sucesivos la estructura económica actual; los problemas de gobierno, su política tradicional de neutralidad y sus deseos de seguridad a través del Pacto del Atlántico Norte y de las Naciones Unidas.

Un somero resumen económico de estos países nos dice que Dinamarca es un país esencialmente agrícola, en el que la agricultura proporciona de un 75 a un 80 por 100 de las exportaciones, empleando un 30 por 100 de la mano de obra y un 28 por 100 en la industria y artesanía. Noruega es un país marinerero por excelencia, y su marina mercante le proporciona gran número de divisas. Un 20 por 100 de los trabajadores noruegos se dedica al comercio marítimo y a la pesca, y así como la principal riqueza de Dinamarca la constituye la agricultura, la de Noruega deriva de la pesca y de los transportes marítimos, que es lo que le da importancia internacional. Suecia es el más populoso y el más próspero de los países escandinavos, siendo sus mayores exportaciones las maderas, la pulpa de madera, los minerales de hierro y los artículos manufacturados de hierro y acero. La importancia industrial de Suecia se basa en la construcción de buques y en el comercio de los metales, donde el acero sueco se ha convertido en sinónimo de primera calidad. Suecia es el principal suministrador de aparatos telefónicos para Europa, así como equipos eléctricos, fabricando los mejores cojinetes a bolas. La industria forestal constituye la principal riqueza de Finlandia, siendo sus principales exportaciones la ma-

dera, puertas y ventanas prefabricadas y día, es la agricultura su principal fuente derivados de la madera; en cuanto a Islandia de riqueza, siendo los productos de la pesca los que constituyen el mayor núcleo de sus exportaciones. De este breve resumen se deduce que Dinamarca es un país esencialmente agrícola; la navegación marítima y el transporte constituyen las principales riquezas y actividades de los noruegos; la madera y el acero, los principales productos de Suecia; las maderas de construcción en Finlandia y la pesca en Islandia.

El concepto de la neutralidad está profundamente arraigado en los países escandinavos, particularmente por lo que se refiere a Suecia. Desde el siglo XVI al XVIII, el problema consistía principalmente en lograr cada vez mayores derechos para aquellas naciones que no participaban en las guerras; mas, en los siglos posteriores, los Estados en guerra insistían en que al lado de estos derechos existían ciertas obligaciones que las naciones neutrales debían cumplir. En la evolución de los Tratados y en las prácticas concernientes a estos derechos de los neutrales, puede afirmarse que los países escandinavos han jugado un papel de primerísimo orden. Sin embargo, en esta tacha por la neutralidad no es la salvaguardia de los principios del Derecho Internacional, sino la defensa de sus propios intereses y el oportunismo, lo que constituye su principal característica. Esta neutralidad de los pueblos escandinavos atraviesa algunos momentos difíciles y tiene su mejor época en el periodo comprendido entre 1814 y 1914. Durante la primera guerra mundial, Escandinavia mantiene su posición de neutral, afirmando, una vez más, los principios de la Declaración de París de 1856, concernientes al bloqueo y a otros aspectos del Derecho Internacional en tiempo de guerra; de la Declaración de Londres de 1909 y la costumbre seguida durante siglos por lo que afecta a la neutralidad. Estos principios fueron escrupulosamente observados al principio por las potencias beligerantes, especialmente Inglaterra y Alemania, países con los que Escandinavia estaba particularmente interesada hasta la entrada en el conflicto de los Estados Unidos. Al igual que éstos, los países escandinavos afirmaban que los neutrales tenían perfecto derecho a comerciar con el país que quisieran, siempre que no se tratase de artículos

de contrabando. Esto significaba el que los pueblos escandinavos se convirtieran, bien directa o indirectamente, en proveedores importantes de Alemania, cosa que los ingleses no podían admitir por las buenas, tratando de impedir a toda costa este comercio. Las restricciones impuestas al comercio de los neutrales fueron más severas y las listas de contrabando condicional aumentaron rápidamente. Consecuencia de ello fué un recrudescimiento de los métodos de la guerra, con patente violación de las más elementales normas del Derecho Internacional, que perjudicó sensiblemente el comercio de los países escandinavos, obligándoles a tomar medidas de defensa propia; si bien no puede afirmarse categóricamente que la guerra fuese funesta para los intereses escandinavos. En la última contienda, es Suecia el único país escandinavo que ha conseguido mantenerse neutral, si bien esto no quiere decir que tal posición sea posible en un futuro conflicto, aunque los propios suecos piensen lo contrario.

El interés de los americanos por los países escandinavos va más allá de los puros vínculos culturales, preocupándose particularmente el potencial económico, su situación estratégica, sus industrias pesqueras, sus minerales, sus productos forestales y los de su artesanía. El carácter geopolítico de Escandinavia tiene una extraordinaria significación, tanto para el ataque como para la defensa en un futuro de guerra. La escasez de población hace que estos países no puedan defenderse por sí solos contra un posible ataque ruso, y su posición de neutrales se mantendrá mientras cualquiera de los beligerantes no decida otra cosa. Un estadista inglés ha afirmado que si los estrechos Skagerrak, Kattegat y Oresund se mantienen abiertos durante el período de guerra, no existe peligro alguno para la violación de la neutralidad, pero si se intenta cerrarlos, entonces Inglaterra intentaría posesionarse de diversos puntos de las costas noruegas, ignorando la integridad de su territorio. Tal actitud, manifestada en carta dirigida al Embajador inglés en San Petersburgo en 1908, fué el punto de partida para la futura actuación de Rusia, Alemania, Gran Bretaña y Francia. En 1939 dió lugar al ataque ruso a Finlandia y a la acción anglo-francesa en Suecia y Noruega en el invierno de 1940, a la violación inglesa de las aguas noruegas el 8 de abril de 1940 y

a la invasión germana de Dinamarca y Noruega el 9 de abril y, posteriormente, a la ocupación angloamericana de Islandia, amenazando durante toda la guerra la integridad de Suecia.

Con el fin de preservar la independencia de Escandinavia, Suecia ofreció, en enero de 1949, extender su zona neutral a Noruega y Dinamarca, ansiosos, igualmente, de conservar la solidaridad nórdica; para ello se reunieron en Karlstad, Copenhague y Oslo los Ministros de Asuntos Exteriores de los países respectivos, sin llegar a una fórmula de acuerdo. Noruega necesitaba la ayuda occidental, Suecia permanecía inflexible en su posición de neutralidad, y Dinamarca era incapaz de hallar una solución de compromiso. Por su parte, los Estados Unidos eran partidarios de la idea de una Escandinavia unida, si bien contrarios a su neutralidad. En resumidas cuentas, no se llegó a un acuerdo, y tanto Noruega como Dinamarca se unieron al Pacto Atlántico, en tanto Suecia permanecía aislada. La neutralidad sueca está enraizada en la tradición: el país se ha mantenido durante ciento treinta y cinco años alejado de toda guerra, y cree, naturalmente, que le sería posible mantener tal posición en una hipotética contienda. Ello explica su posición. Noruega y Dinamarca, por el contrario, han visto violado su territorio en la última guerra y se han dado perfecta cuenta de que no es posible defenderse por sí mismas. Necesitan de la ayuda occidental, y por ello, aun sintiéndolo por Suecia, se han unido a las potencias del Pacto Atlántico.

El problema, así planteado, presenta varias facetas. En primer lugar, ¿puede cualquier Estado, grande o pequeño, permanecer aislado en una futura guerra? ¿Puede haber países neutrales? En la primera guerra, los países escandinavos se mantuvieron neutrales; en la segunda, fué Suecia la única que conservó tal postura. ¿Le sería posible mantener tal posición en un futuro conflicto bélico? Por otro lado, está el hecho geográfico, que no cabe desconocer. Con los adelantos de la técnica y con la importancia estratégica de los países escandinavos, es punto menos que imposible el que la península escandinava se mantenga al margen de la guerra. Los fiordos noruegos constituyen bases codiciadas por los rusos, así como el acero y el hierro suecos y los productos de la agricultura danesa.

Los occidentales tratarán de impedirlo a toda costa, y ello entrañará la lucha en terreno nórdico, aun en contra de la voluntad de sus habitantes. Indudablemente, los países escandinavos se inclinan al lado de los occidentales. Su posición estratégica y sus riquezas naturales los hacen sumamente importantes para estos últimos. Por lo tanto, lo que hay que tratar de buscar es una fórmula que permita la unidad de Escandinavia, al par que su integración en el

bloque del Pacto Atlántico. Tan sólo así les será posible el contar con la eficaz ayuda aliada y situarse en condiciones de resistir, por más o menos tiempo, el futuro ataque soviético.

La obra de Mr. Scott es sumamente interesante, y los problemas que en la misma aborda tienen la máxima actualidad.

J. DE M.

ROBERT A. TAFT: *A Foreign Policy for Americans*. Doubleday & Company, Inc. Garden City, New-York, 1951. 127 págs.

El libro del senador Taft tiene ciertamente un carácter polémico dirigido a demostrar cómo la desacertada política del Partido demócrata ha conducido a los Estados Unidos a la situación actual. Lo menos que debe exigirse a los políticos es una visión política, y ésta ha faltado en absoluto a los dirigentes demócratas, con Truman al frente. No son los soldados americanos, de tierra, mar y aire, los que han faltado a su deber, sino los políticos, los que han fracasado, porque no han sabido tener una visión acertada del futuro. En 1941, los más avisados se daban cuenta perfecta de las verdaderas intenciones de la Rusia soviética, régimen tiránico y dictatorial que ansiaba extender el dominio comunista por el mundo entero; mas los dirigentes demócratas seguían creyendo en las buenas intenciones de Stalin, no osando ni siquiera imaginar que, tras la derrota de Alemania y el Japón, sus miras pudieran dirigirse contra los Estados Unidos. Tanto es así, que en las Conferencias de Tcherán, Yalta y Potsdam, y con la anuencia de los Estados Unidos, es donde se forja la verdadera expansión soviética, que acaba con la libertad de los pueblos de la Europa oriental y de Manchuria.

La guerra de Corea es el aldabonazo que despierta al pueblo americano y le hace comprender los verdaderos designios del dictador rojo: mas la situación de los Estados Unidos ha cambiado sensiblemente, empeorando de modo notable con relación a 1935. A partir de la derrota germano-japonesa, la Unión Soviética estaba prácticamente exhausta, con la mayor parte de

sus industrias destruidas por la guerra; no poseía la bomba atómica, ni bombarderos de largo alcance, ni una flota digna de ser tomada en consideración. Su control de los pueblos de la Europa oriental era poco sólido; China era amiga de los Aliados, y los comunistas de Mao Tse Tung se veían reducidos a sus límites del Yenan. El Presidente Truman concentraba en sus manos un poder no igualado hasta entonces; las fuerzas navales y aéreas de los Estados Unidos eran, con mucho, las más poderosas del globo; su organización industrial, la mejor y la más perfeccionada, conservándose intacta y a un ritmo de producción creciente; el pueblo americano era el único poseedor de la bomba atómica y se hallaba en condiciones de ser el rector del mundo libre del futuro. Sin embargo, los dirigentes demócratas no supieron aprovechar la magnífica ocasión que se les brindaba. En la actualidad, Stalin posee bombas atómicas y gran número de bombarderos de largo alcance; cuenta con 175 divisiones propias y 60 de los Estados satélites, a más de tres millones de comunistas en China; más de cincuenta mil tanques y quince aviones de bombardeo táctico. Sus cómplices en Indochina minan el poderío francés y crean una seria amenaza para todo el sudeste asiático; las guerrillas comunistas distraen fuertes contingentes de tropas británicas en Malaya. Para hacer frente a las 225 divisiones de Stalin, las potencias occidentales cuentan tan sólo con treinta divisiones en Europa, en tanto que la guerra psicológica mantenida por el Kremlin ha dado por resultado el que una cuarta parte de los fran-

ceses y una tercera de los italianos voten al comunismo.

En 1941, Stalin dominaba una población de 180 millones; en la actualidad, esta población se ha incrementado hasta los 800 millones. Es la propia existencia de los Estados Unidos la que pelagra, a menos que haya un cambio radical en la política exterior. Los Estados Unidos no pueden mantenerse aislados del resto del mundo, pues el peligro se cierne sobre todos por igual, tanto en Europa como en Extremo Oriente y otras partes del globo. Por ello, la política que haya de sustituir a la demócrata ha de ser una política enérgica, de contención al comunismo en todos los campos; una política de fuerza que convenza a Stalin de la inutilidad de sus tentativas y que un ataque, en cualquier parte del mundo, encontraría enfrente a los pueblos libres, dispuestos a luchar por su independencia y su bienestar. La Organización de las Naciones Unidas ha fracasado en su deseo de mantener la paz, y ello principalmente por vicio de origen de su constitución, de modo especial en el Consejo de Seguridad, donde el veto ruso se opone a todo intento pacífico. O se modifica fundamentalmente el

sistema de la Organización, o habrá que prescindir de ella, como anteriormente sucediera con la Sociedad de Naciones.

Cuatro capítulos tratan de la amenaza rusa y de la forma de hacerla frente en el mundo entero. La batalla contra el comunismo no puede dejarse tan sólo al cuidado de las armas, sino que ha de ser, en primer término, una batalla ideológica, convenciendo a los diversos pueblos de las verdaderas intenciones del comunismo y no cayendo en el error de querer llevar a estos pueblos unos mismos principios democráticos e igualitarios que, particularmente en los pueblos orientales, han de chocar y forzosamente parecer extraños. Hay que procurar comprender la verdadera mentalidad de estos pueblos y estudiar sus problemas, respetando sus tradiciones. Del mismo modo se impone la ayuda económica, bien dirigida, a fin de situarles en condiciones de defenderse por sí mismos y elevar su nivel de vida económico, moral y cultural. Tan sólo así podrá vencerse al comunismo, que lucha en todos los terrenos y emplea armas particularmente sutiles.

J. M. L.

HOFFMAN, Paul G.: *Peace can be won*. Doubleday & Company, Inc. Garden City, New York, 1951. 93 págs.

A los seis años de terminada la última contienda, los Estados Unidos se encuentran movilizados y con sus industrias trabajando para fines bélicos, que encuentran su mayor utilización en los campos de Corea; entre tanto, el Kremlin, distraídas por este lado las fuerzas estadounidenses y de las Naciones Unidas, mira con avidez los campos petrolíferos de la Arabia Saudí y del Irán, y sus quintas columnas producen disturbios en Francia, Italia, Líbano y Brasil. Ante esta especie de guerra fría, se impone un cambio de método. Ciertamente que los Estados Unidos han hecho mucho por conseguir la paz, pero no lo es menos que sus esfuerzos no han dado el fruto esperado, quizás porque no ha sabido medirse la situación en toda su enorme dimensión. Hay, pues, que iniciar una campaña pro paz y hay que vencer al comunismo empleando sus propios métodos. Aho-

ra bien, ¿cómo se ha de llegar al fin apetecido? Existen entre los americanos dos fuertes corrientes a este respecto. Unos son partidarios de tratar con Stalin, pues siguen creyendo que puede llegarse a una fórmula satisfactoria. Sin embargo, la actitud rusa no deja ya lugar a dudas sobre sus designios. Los pueblos de la Europa oriental, la guerra de Corea y la violación de lo estipulado en las Conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam son prueba evidente de las verdaderas intenciones de la Unión Soviética. Con sus falsas campañas pro paz, Stalin no persigue otra cosa que impedir el rearme de Europa, apoderarse por completo de la Alemania oriental, controlar la Alemania occidental; apoderarse del Sudeste asiático y ponerlo bajo su control y de la China comunista, consiguiendo la retirada de la flota norteamericana de Formosa y de las tropas que luchan en Corea, aislando

de este modo a los Estados Unidos, mientras le sería sumamente fácil apoderarse de Europa y, en última instancia, de los Estados Unidos. No hay, pues, posibilidad de trato con Stalin.

Los partidarios de una guerra preventiva no alcanzan a ver los verdaderos peligros que ello entrañaría, pues aun destruyendo con bombas atómicas las industrias soviéticas, siempre le quedaría a Rusia su ejército, con el que podría conquistar Europa en poco tiempo. Los Estados Unidos tendrían entonces que lanzarse a la reconquista del continente europeo, y ello significaría la ruina total, aparte de que muchos pueblos europeos serían contrarios a iniciar tal guerra preventiva y con ello peligraría el prestigio moral de los americanos. No es por ahí por donde ha de venir el remedio. El mejor sistema es iniciar una fuerte campaña pro paz, ganándola por la mano al comunismo, y para esta tarea los Estados Unidos pueden erigirse en rectores del mundo libre, pero siempre respetando la independencia y la libertad de acción de estos pueblos. Nada acarrearía mayores males que una aparente intervención en asuntos privados de otras naciones.

Para ganar la batalla de la paz hay que luchar en todos los terrenos, pues el militar no es sino uno de los cuatro frentes que el Kremlin ha escogido para su implacable ataque al mundo occidental, a saber: el económico, el político, el psicológico y el propiamente militar. En el primer aspecto, la Unión Soviética ha adaptado su economía y la de sus satélites a la preparación bélica, disponiendo de una poderosa máqui-

na de guerra, tanto en Europa como en Asia. Su acción no se ha limitado a esto, sino que procura, mediante sus quintas columnas, impedir la estabilidad económica merced a los actos de sabotaje, huelgas, paros, explotando el descontento del obrero y del campesino en propio beneficio. En el campo político, la Unión Soviética ha negado el voto y la libre expresión del pensamiento a millones de personas; ha procurado obstaculizar en todo momento, gracias al derecho de veto, la labor de las Naciones Unidas, enfrentando a unas naciones con otras e intentando romper los vínculos que las unen. En el aspecto psicológico, la Unión Soviética alimenta la sospecha y la desconfianza en las diferentes capas de la sociedad, enfrentando unas con otras y aprovechándose de sus discordias. La inseguridad y el odio son sus principales objetivos, que persigue con desprecio de todo. Por último, en el terreno militar, para nadie es un secreto que las fábricas de la Rusia soviética trabajan a ritmo acelerado en la producción de armas bélicas, con las que quiere conquistar el mundo para el comunismo.

La guerra, planteada en este aspecto, es dura, larga y difícil, pues no se trata de una lucha que han de decidir las armas solamente, sino el empleo de otros elementos de enorme valor. De ahí el que los Estados Unidos deban pesar bien sus actos y decidirse a adoptar aquellas medidas urgentes y radicales que la situación aconseja. De lo acertado y de la oportunidad de tales medidas quizás dependa la salvación de la Humanidad.

J. M. L.

PHILIP SELZNICK: *The Organizational Weapon: A study of Bolshevik Strategy and Tactics.* McGraw-Hill Book Company, Inc. New-York, 1952. 350 págs.

La obra del señor Selznick tiende a demostrar, en primer lugar, el papel importante reservado a las Organizaciones en la lucha por el poder, y es, por tanto, de un gran valor para aquellos pueblos libres y para sus organizaciones, políticas o no, que quieran enfrentarse con posibilidades de éxito ante la amenaza que para los mismos supone la constante infiltración de elementos comunistas en sus filas, conociendo de este modo los métodos y medios de que se vale el Partido comunista para llevar

adelante sus planes de conquista. En este libro se dedica una especial atención a la táctica seguida por los dirigentes soviéticos, a las formas de penetración en sectores determinados y al ulterior control de los mismos. Los Sindicatos y Organizaciones similares de los pueblos de Occidente son objetivos preferentes del comunismo mundial que trata de infiltrar en ellos a elementos escogidos, encargados de hacer una labor de captación.

Quizá uno de los mayores errores de los

occidentales consista en no saber apreciar la verdadera naturaleza y esencia del Partido comunista, considerándole como un partido más al estilo democrático y que puede someterse, más tarde o más temprano, al orden constitucional establecido. Error tremendo que ha conducido a la situación en que hoy se debate el mundo, irremediablemente dividido en dos zonas opuestas. El Partido comunista no es un partido más; es único, y sus fines son igualmente distintos y ambiciosos: la conquista del mundo entero. En los primeros tiempos se creía que esta conquista era hacedera mediante la revolución mundial, que estallaría en todos los pueblos libres, abocados a la ruina y al fracaso de sus instituciones, ya anticuadas; mas al darse cuenta de que estos planes no respondían a la realidad, el Partido comunista se vió obligado a cambiar de táctica: la propaganda ideológica, la infiltración en las organizaciones obreras del Occidente y la captación de sus miembros, han sido las armas elegidas por los dirigentes soviéticos para la realización de sus ambiciosos objetivos. Para Lenin, la organización lo es todo, y la propaganda debe ir encaminada a lograr los fines señalados por aquélla. En la organización, el Partido, como arma de lucha, desempeña un papel de primerísimo orden, y dentro del Partido con los cuadros a los que la Unión Soviética dedica atención preferente. Estos cuadros son formados por gente dedicada por entero al servicio de la Organización y dispuesta a sacrificar sus propias vidas, si ello es preciso, para la consecución de los objetivos señalados por el Comité Central.

El Partido comunista cuida sumamente la cuestión del constante contacto con las masas, y en este aspecto, los llamados agitadores sociales tienen un puesto destacado. Estos hombres recorren todo el país llevando en cada momento las consignas adecuadas. En los primeros tiempos, su papel con-

sistía en enseñar al pueblo, en su mayoría analfabeto, a leer y escribir; poco a poco su función ha ido ampliándose hasta convertirse en portadores de las directrices señaladas por el Politburó. La masa obedece ciegamente las consignas dadas por estos agitadores, asediada y mediatizada por su continua propaganda, por lo cual su labor resulta tremendamente eficaz.

Todos los capítulos de que consta la obra tratan de temas de indudable interés en relación con el papel asignado por los comunistas a la Organización. La unidad es una palabra que tiene casi un significado mágico para los comunistas, y el famoso Frente Único ha sido el vehículo a través del cual se ha iniciado la penetración en las filas democráticas. Según Lenin, la cooperación con los Partidos más o menos afines del Occidente se debía conseguir a toda costa, pues era el único medio de infiltrarse en los mismos haciendo una labor de captación sumamente útil. Esta cooperación había de durar el tiempo indispensable para que el Partido comunista se hiciese dueño de la situación, eliminando poco a poco a todos aquellos que le fuesen sospechosos. Esta labor, perseguida con una tenacidad realmente admirable, ha dado excelentes resultados a los comunistas, que, en cada momento, pregonan unas consignas determinadas con el fin de atraerse a unas masas que les son precisas.

Por todo ello, el Occidente, seriamente amenazado, debe estudiar y conocer a fondo la esencia del comunismo, cuáles son sus planes y sus métodos, los medios que emplea para conseguir sus objetivos y la labor que realizan los elementos destacados en distintos países encargados de misiones concretas. El libro que comentamos es un valioso auxiliar en este aspecto, y su lectura resultará sumamente instructiva para todos aquellos que quieran conocer a fondo el comunismo soviético.

J. M. L.



BECK F. and GODIN W.: *Russian Purge and the Extraction of Confession*. The Viking Press, New-York, 1951. 277 págs.

La depuración en masa llevada a cabo por la Unión Soviética en el período comprendido entre 1936 y 1939 es un acontecimiento de extraordinaria importancia, del que apenas se hizo eco el mundo occidental. Los intentos realizados para intentar descubrir el enigma de tal gigantesco proceso han sido vanos hasta el momento, y por primera vez, quizás, nos llega una obra auténtica donde sus autores, que sufrieron prisión juntamente por dichos años, nos revelan el verdadero origen de dichas depuraciones masivas. Durante este período, los soviets podían clasificarse en tres grandes grupos: los que se hallaban prisioneros; los que habían sufrido encarcelamiento en tiempos anteriores, y aquellos otros que aún no habían pasado por las cárceles comunistas. Los prisioneros alcanzaban a todas las capas y matices sociales, desde los más enconados enemigos del socialismo hasta los más ardientes defensores de la ideología comunista, técnicos, hombres de ciencia, soldados del ejército y miembros de la NKVD; todos ellos llenaban las cárceles rojas en un período de depuración sin precedentes. ¿Cuáles eran los motivos y los fines de dicha depuración? Los autores nos los describen de modo magistral, según la información recibida en la propia cárcel, examinando las diversas teorías creadas al efecto.

Una de las más acusadas características del comunismo en la Unión Soviética consiste en que la vida transcurre por fases distintas, es decir, a períodos de hambre suceden períodos de relativo bienestar. La diferencia del nivel de vida es notable en las ciudades y en el campo, y aquella igualdad del principio de la revolución se ha esfumado por completo para dar paso a una gran separación entre altos militares y funcionarios del Partido y el resto de la población. En mayo de 1934 se modificaba el sistema de enseñanza de la Historia, en la que el Partido y el Estado eran los jueces finales. A partir de este momento, el Estado comunista invadió todas las esferas del pensamiento, que habría de moverse dentro de la línea indicada por el Partido. Es la época en que comienza el culto por antepasados ilustres: Vladimiro, Iván el Terri-

ble, Alejandro Nevski, Dimitri Donskoi, Pedro el Grande, etc., mas pronto empieza la época dictatorial de Stalin y las detenciones de supuestos enemigos alcanzan su punto álgido. En este proceso de depuración, la siniestra NKVD ocupa un lugar preferente; su organización la encontramos admirablemente descrita en uno de los capítulos del libro. Separada del Estado y del Partido, contaba con una sección política, una sección económica, otra militar, de transportes y comunicaciones, sección de cultura, al igual que el Estado. Las fábricas, los talleres, las Universidades, las instituciones científicas, todas ellas se hallaban bajo el directo control de la Organización, en la que las mujeres, particularmente las más hermosas, desempeñaban un papel de extraordinaria importancia. El Departamento Exterior tenía a su cargo el espionaje en el extranjero, dividiéndose en tres secciones: militar, política y económica. Todos los miembros de las misiones diplomáticas y consulares en el extranjero, así como los miembros de las delegaciones comerciales, estaban sometidos al rígido control de la NKVD. Entre sus miembros destacaban por su función los llamados «seksots» o colaboradores secretos, encargados de informar a sus jefes acerca de sus amigos, familiares y personal de sus respectivas oficinas y fábricas. Prácticamente, puede afirmarse que de cada tres ciudadanos uno, al menos, era «seksot». A través de ellos, la NKVD mantenía una constante información, llevando un completo fichero de las actividades de todos los rusos, tanto en el interior como en el extranjero.

Para explicar las razones del gran proceso de depuración, los dirigentes soviéticos han ideado diversas teorías que aparecen expuestas en la obra, pudiendo resumirse diciendo que la Unión Soviética necesita liberarse de sus enemigos interiores si quiere llegar a la meta señalada por el comunismo. En este camino tropieza con serias dificultades, y por ello organiza estos procesos, que le sirven magníficamente, al menos por el momento, si bien cabe pensar que ha de llegar un día en que la enorme masa de los que han pasado por las

## BIBLIOGRAFIA

prisiones sea superior, con mucho, a los privilegiados que no las han conocido, y entonces puede venir la subversión del régimen, cosa, por otro lado, poco probable, dado el carácter del pueblo ruso y el férreo control ejercido por el Partido y el Politburó. Como obra para el conocimien-

to íntimo de la vida rusa, de los métodos empleados por los comunistas para mantenerse en el poder y de sus intenciones respecto del mundo exterior, el libro resulta sumamente interesante e instructivo.

J. M. L.

DEPARTMENT OF STATE: *United States Relations with China*, 1950. 1.054 págs.

Libro sumamente interesante el preparado por el Departamento de Estado norteamericano, y en el que se aborda el tema de sus relaciones con el pueblo chino durante un período de cien años, haciendo referencia especial a la época 1944-49, llena de acontecimientos de gran trascendencia y resonancia en el panorama mundial de nuestros días. Imposible reseñar en pocas líneas, siquiera de modo sumario, el contenido de tan interesante volumen, que consta de 1.054 páginas, limitándonos, pues, a casi un índice esquemático del mismo.

El interés del pueblo y del Gobierno americanos por China tiene raíces muy profundas, y, a pesar de las diferencias de fondo que separan a ambos países, la amistad americana hacia el pueblo chino se ha visto intensificada por lazos de carácter religioso, filantrópico y cultural. Los Estados han sostenido y mantienen en la actualidad los principios fundamentales de su política exterior con respecto a China, en los que se incluyen el régimen de «puerta abierta», el respeto a la integridad territorial y administración de China y la oposición a cualquier forma de dominación extranjera.

Dos factores principales han desempeñado un importante papel en el destino de la China moderna: su creciente población, que ha creado un problema casi insoluble para el país. El Kuomintang intentó solucionar el problema de la tierra, pero fracasó rotundamente, habiéndose orientado la propaganda comunista a la resolución de tal problema, aunque con pocas probabilidades de éxito hasta ahora. El segundo factor que ha influido de modo decisivo en la China contemporánea lo constituye el impacto de las ideas de Occidente.

Durante más de trescientos años, los chinos contaron con una elevada cultura y refinada civilización que les mantenía aparta-

dos de todo contacto con el exterior. Aun sometidos a un poder militar extraño, los chinos supieron dominar y absorber a los conquistadores, considerándose, no sin cierta razón, como el centro del universo y la más alta expresión de la Humanidad civilizada. Pero, a mediados del siglo XIX, la muralla aislacionista de China cayó ante el empuje de Occidente. Los nuevos conquistadores traían un más elevado orden cultural y un mayor desarrollo técnico, cosa que no se había producido en anteriores incursiones extranjeras en China. En parte debido a estas cualidades y en parte también a la decadencia de la dinastía Manchú, los occidentales, en vez de ser absorbidos por los chinos, introdujeron nuevas ideas que han desempeñado un papel preponderante en la vida del país. A principios del siglo XX, las fuerzas combinadas del exceso de población y las nuevas ideas produjeron aquella cadena de acontecimientos que denominamos Revoluciones chinas, una de las más interesantes de la Historia, cuyas consecuencias no pueden preverse todavía. De uno de estos movimientos revolucionarios surge el Kuomintang, primero bajo la presidencia del Dr. Sun Yat Sen y luego del generalísimo Chiang Kai-Shek. En 1927, el partido comunista empieza a enfrentarse con el Kuomintang, y su doctrina está dirigida por el ímpetu revolucionario de la Rusia soviética. Las exigencias de la Tercera Internacional sobre una mayor participación de los comunistas en el Gobierno precipitaron la ruptura entre ambos partidos. El período comprendido entre 1927 y 1937 lo llena la lucha por el Poder sostenida por el Kuomintang y el Partido comunista. Si bien es cierto que se consigue una unidad de miras en la lucha contra el Japón, no lo es menos que ambos partidos buscan principalmente el logro de sus respectivos intereses. La entrada en la guerra de los

Estados Unidos significa un incremento en la ayuda al pueblo chino, iniciada ya en 1941 con la ley de Préstamos y Arriendos. La posterior participación de Rusia en la lucha contra el Japón y sus declaraciones tendentes a no reconocer otro Gobierno en China que el nacionalista de Chiang Kai-Shek, se vieron desmentidas bien pronto por los hechos, al ayudar decisivamente a los comunistas de Mao en su lucha contra los nacionalistas, haciendo posible la victoria de aquéllos y la instauración del régimen comunista en China, que ha colocado a la política americana en una posición poco airosa.

Trata el libro de las distintas Misiones enviadas con el fin de llegar a una solu-

ción del problema chino; la del general Hurley, la del general Marshall y la del general Wedemeyer, quien recomendó que los Estados Unidos continuasen prestando su ayuda a los nacionalistas con ciertas condiciones que no llegaron a cumplirse. La obra en cuestión constituye un documento diplomático del más alto valor e indispensable para el conocimiento de la situación china en uno de los momentos más apasionantes de la historia contemporánea. Termina con las diversas medidas adoptadas en pro de la ayuda económica al pueblo chino, e inserta varios anexos de Tratados, informes, acuerdos de gran trascendencia.

J. M. L.